

UNA SUBVERSION DEL ORDEN MUNDIAL

El «golpe de las Malvinas» ha producido una situación tan inverosímil como grave: el combate entre dos países muy representativos en sus respectivos continentes no es ya una guerra como las que caracterizaron el siglo XIX y parte del XX, sino que representa una rotura en un sistema internacional muy desarrollado. No hay naciones aisladas, sino grupos de pactos, alianzas, afinidades. Los países latinoamericanos apoyan a Argentina, y no es ya sólo cuestión de tratados que respetar, sino de reparaciones de un nacionalismo antiguo y siempre vivo por ofensas actuales. Europa está ligada a Gran Bretaña por tratados económicos y militares: no la obligan a apoyarla militarmente en este caso, pero si a sostener lo que consideran su razón. Todo un esfuerzo de aproximación de estos dos continentes que están dentro del mundo occidental pasa por un trance peligroso. La URSS se alinea, como Cuba, junto a la Argentina: por lo tanto, ya no es cuestión de ideologías, de comunismo o de anticomunismo. Para la URSS es una ocasión de aproximarse más al «tercer mundo»; pero, sobre todo, de acentuar la difícilísima situación de Estados Unidos, primera víctima de esta crisis inesperada, obligada por una parte a Gran Bretaña, por la otra a Latinoamérica, y en ningún caso indiferente a la toma de posiciones de la URSS. El desembarco argentino del 3 de abril, la operación militar británica del 25 de abril, ha abierto una situación nueva en el mundo: nada volverá a ser como antes. El hecho de que esto suceda por un viejísimo pleito histórico y a propósito de unos territorios perdidos entre los hielos y los vientos del polo sur parece inverosímil y asombroso: el verdadero fondo es que en la precaria situación del mundo nada es demasiado pequeño, nada es desdeñable: todo atañe a la paz global.

EL GOLPE DE LAS MALVINAS

EDUARDO HARO TECGLÉN

EL «golpe de las Malvinas» aparece, en primer lugar, como una cuestión de principios más que de intereses. A menos que se confirmara la existencia de yacimientos importantes de petróleo —y no parece que los haya— y diera a la zona un valor económico, a menos que una catástrofe cegara el canal de Panamá y la ruta del sur tuviera pronto un valor estratégico y comercial, las Malvinas carecen de valor real. El mundo se acaba de enterar apresuradamente de su existencia, y ha rebuscado en la historia algunas razones. Los pergaminos son siempre, naturalmente, confusos. Varias naciones han pasado por sus islas desiertas, ventosas y glaciales, han contemplado sus pingüinos y sus focas, han plantado sus banderas. Sobre todo, España, Francia y al final Gran Bretaña. Fueron franceses los que le dieron su nombre —marinos de Saint-Malo, que las llamaron «Malouines», como a las naturales de su ciudad; la fonética española las convirtió en Malvinas—, los británicos las que las bautizaron de nuevo —Falkland, como homenaje al vizconde Falkland que era el tesoro general de la Armada—; produjeron ya algunos incidentes, fueron reclamadas por Argentina —como herencia española—, por Chile. Además de los legajos, está su posición en el

mapa: a unas 600 millas de la costa argentina. Pero si el tema de Beagle se reactiva —y el golpe de las Malvinas lo ha vitalizado— Chile podría arguir que su proximidad es decisiva. Pero los problemas de la relación islas-continente son muchos en el mundo. Nadie ha aceptado nunca —ni probablemente se aceptará jamás— que las Canarias, por su proximidad a África, sean unas islas africanas, en el sentido de derecho de posesión por un país africano. El derecho de Argentina es dudoso. El derecho británico lo es también. Las Falkland son restos del viejo imperio, residuos lejanos e inútiles, más bien caros para la Corona. Los puntos de vista sobre la verdadera propiedad de las Malvinas o Falkland, como se las quiera llamar —y en castellano no hay duda de que se llaman Malvinas, sean de quien sean, como Aachen se llama Aquisgrán— están mezclados con naturales impurezas referentes a la actualidad de quienes los consideran. En España hay una corriente favorable a la Argentina porque la consideran su heredera y porque se buscan similitudes con Gibraltar (desde luego, no las tiene, ni históricas ni geográficas), y porque hay una tendencia hacia lo americano. En Europa la tendencia es contraria, y el anuncio de sanciones económicas por parte de la Comuni-

dad a la Argentina responde al eurocentrismo, al reflejo de defensa de un país pactante.

Cuestión de principios

Argentina y Gran Bretaña disputan, repitamos, por una cuestión de principios. Argentina, porque está segura de su soberanía y de sus viejas y siempre renovadas reclamaciones; Gran Bretaña, porque ejerce de hecho esa soberanía, y porque no puede tolerar que se la arrebaten por la fuerza. La opinión de los habitantes, que no llegan a 2.000, apenas cuenta. Son ciudadanos británicos —quizá sin todos los derechos que tienen los británicos europeos—, tienen un modo de vida británico y, por lo tanto, democrático. Se ven, de pronto, ocupados por un país que para ellos es extranjero, que les arroja a un sistema dictatorial y les nombra un gobernador que se ha ilustrado por la dureza de su represión contra los propios argentinos. Sería otro principio que habría que respetar, y que está incluido en la gran jurisprudencia internacional: el derecho de las poblaciones. La realidad es que en la disputa y en las mediaciones nadie les tiene en cuenta.



En la misma Plaza de Mayo donde unos días antes se expresó la disconformidad con el régimen, y donde continuamente las madres de los desaparecidos piden justicia, el general Galtieri recibe la unanimidad de un nacionalismo que supo despertar al anexionarse las Malvinas.

Sin embargo, es un principio moral muy considerable. Está apoyado por otro que en este caso ha violado Argentina: el que niega las soluciones de fuerza para litigios territoriales. Ya sabemos que no siempre se respeta. En ocasiones el dominio de un país, de un territorio por otro se hace con un cierto disfraz, como en el caso de Polonia o en el del Afganistán; en otras no importa el pretexto, como Israel ha hecho con el Golán, con el considerable olvido por parte de todo el mundo de los derechos de la población; pero venía precedido de una situación de hecho más antigua.

Orden, equilibrio, subversión

Claramente, Argentina ha realizado un acto de fuerza que ha subvertido un orden internacional. No demos a la palabra «orden» el sentido óptimo que debería tener. Sabemos que el orden mundial, internacional, es en la actualidad algo compuesto de centenares de injusticias locales. Es más fácil utilizar la palabra «equilibrio». Hay un equilibrio, y el golpe de las

Malvinas ha incidido directamente en él. Mejor que nadie lo sabe Washington, lo sabe Reagan; le ha alcanzado de lleno. La velocidad con que ha desplazado a Haig y le ha mantenido exclusivamente ocupado de ese tema, cuando hay otras cuestiones mundiales aparentemente más graves, revela la ansiedad de Washington. Reagan está realizando una política latinoamericana muy ambiciosa, muy amplia; en ella no puede desdeñar a países como Argentina, como Chile o como cualquiera de las otras dictaduras militares del continente: son los países a los que ha dispensado del precepto de defender los derechos humanos porque considera que su actuación es legítima frente a lo que él considera comunismo. El golpe de las Malvinas ha reunido fácilmente la opinión latinoamericana y, lo que es mucho más significativo, parece incluso haber reunido a toda la opinión pública argentina, incluyendo no sólo intelectuales, exiliados, perseguidos sino también guerrilleros, como han hecho los Montoneros. Para los Estados Unidos es muy difícil oponerse a esa reivindicación —que puede arrastrar en cualquier momento muchas otras—;

pero le es imposible enfrentarse con la Gran Bretaña, que no ha tenido un momento de duda en lanzarse a la defensa de su posesión agredida. No puede crear esa disensión mayor en el seno de la OTAN, aunque se haya apresurado a explicar que el tratado se refiere al Atlántico Norte, y estos acontecimientos suceden en el Atlántico Sur, cuando la Alianza se entremete en asuntos de geografía más dudosa, como los del fondo del Mediterráneo. Parece más bien el pretexto de una compañía de seguros para no pagar una prima. Para mayor desgracia, la Unión Soviética y Cuba se han apresurado a abrazar la causa argentina. Incluso de una manera que va más allá de lo verbal. Se dice que la flota argentina está continuamente advertida de los movimientos de la flota británica por el servicio de espionaje de la URSS; una información que recibe la URSS de sus satélites y, se dice, de aviones de reconocimiento de largo radio de acción que vuelan desde Cuba y desde Angola. Más unos 35 barcos mercantes soviéticos que navegan por las zonas. La idea de que los Estados Unidos puedan coincidir con la Unión Soviética y con

EL GOLPE DE LAS MALVINAS

Cuba para enfrentarse con un miembro de la OTAN es, efectivamente, una subversión del orden —o del equilibrio— internacional.

Las razones de la URSS

Hay muchas razones para esta toma de posición de los soviéticos y de los cubanos, una vez que se consideran como sin importancia las de la ideología política y el hecho de que las víctimas privilegiadas de la Junta Militar argentina hayan sido los comunistas, o haya acusado de comunistas a otras víctimas. No parece que nada de esto cuente, en realidad, en el desarrollo de ninguno de los acontecimientos mundiales. Comunismo o anticomunismo son palabras que se arrojan a la cara Brejnev y Reagan, y que utilizan otros políticos del mundo, pero que no tienen ya un verdadero sentido. La URSS no ha dejado nunca de tener relaciones económicas privilegiadas con la Junta argentina; pero esto no es motivo suficiente. Una razón de mucho peso es la de contribuir al desorden occidental, a la ruptura, a la dificultad, al problema. Pero importa mucho tomar posiciones al lado de los países latinoamericanos: mucho más si los Estados Unidos se reservan o vacilan. Para Cuba es una ocasión trascendental de situarse junto a las repúblicas latinoamericanas. El tema se convierte en un enfrentamiento entre colonialismo y anticolonialismo. No es fácil definir como colonialismo la ocupación británica de las Malvinas; pero la exaltación popular americana va en ese sentido.

La moral de la dictadura

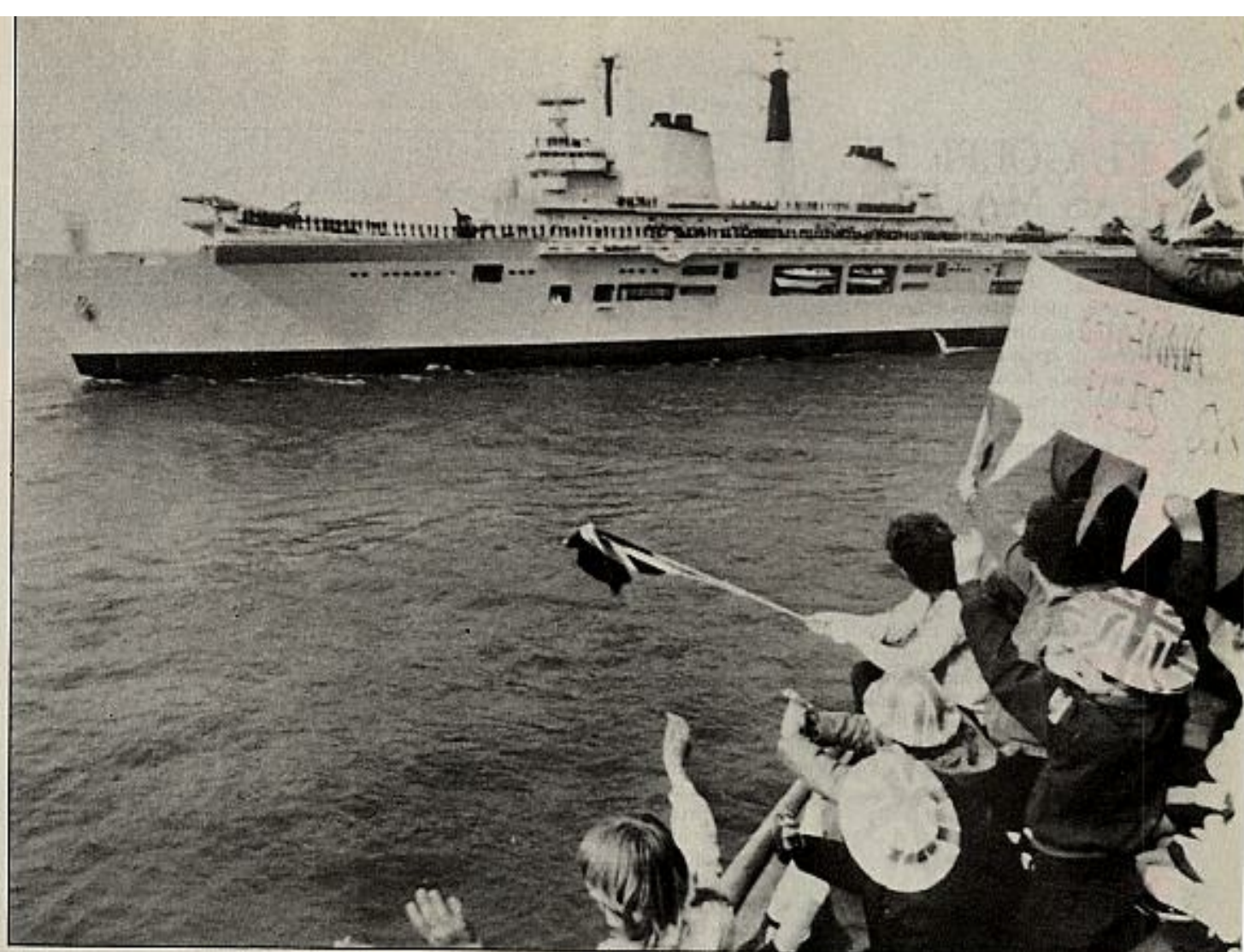
Tan penosa es la situación de Reagan, tan difícil la de Margaret Thatcher —que es probablemente la gobernante europea con una máxima foga-sidad antisoviética—, tan unánime la reacción latinoamericana, que hay ingenios que piensan si, en realidad, el golpe de la Junta Militar tenía un objetivo más amplio que el de la ocupación de las Malvinas. Desde el primer momento se ha pensado que una acción de esta índole buscaba otros objetivos. El más evidente era el de meter dentro del saco del patriotismo la fuerza creciente de la oposición, y el de disfrazar los problemas

económicos que se amontonan. Ha dado mucho más resultado que el previsible. Todos los que han vivido en dictaduras de esa especie saben el valor que tienen las grandes concentraciones de vitores, pancartas y aplausos en cualquier plaza de Oriente de cualquier capital; coacciones, miedo, tibieza. Y una relatividad de número. Cien mil personas en la plaza de Mayo, o un millón de personas —y se sabe también cuál es el valor de estas cuentas: nulo— no significan la opinión de un país; y menos aún puede transvasarse un problema de carácter nacionalista, o una reivindicación histórica, hasta darle el sentido de apoyo a un gobierno. Las dictaduras tienen esa técnica y la han tenido siempre. Es, hoy, un sistema que las distingue —entre otros mil— de las democracias. No hay que considerar las democracias occidentales como un bondadoso régimen de hermanas de la caridad, si nos atenemos a la historia. El Occidente predemocrático y democrático ha sido un gran agresor del mundo, un predador de pueblos. La actual situación de lo que llamamos «tercer mundo», el subdesarrollo, es consecuencia de aquella dura, cruel e implacable política imperial. Pero hay un momento en el que esa política cambia: el momento de la posguerra, los años de las descolonizaciones y las independencias, no todas otorgadas generosamente, sino muchas de ellas disputadas en guerras. Pero el sentido moral sí había cambiado. La moral colonial había cambiado; ya no se podía suponer que los conquistadores llevan consigo la civilización a los países colonizados: religiones reveladas unitarias, técnicas, desarrollo. Y no se podía suponer simplemente porque la realidad era adversa, y los pueblos conquistados no habían ganado nada, sino todo lo contrario. La nueva moral requería que esos pueblos fuesen dejados en libertad y, simplemente, ayudados, una vez que eligieran ellos mismos sus formas de gobierno. Se sabe que esa moral fue sustituida aviesamente por lo que ya desde la conferencia de Bandung fue llamado «neocolonialismo»: una dosificación en las ayudas, una influencia directa en las formas de gobierno y una continuación de la influencia por gobernantes interpuestos. El ejercicio de ese sistema fue obra de los Estados Unidos —el Imperio de Occidente—, después de haberlo ensayado en Latinoamérica. Funciona con dificultad, pero funciona. Y la moral está establecida. En cuanto a las dictaduras, es histórico

que sus anexiones territoriales no necesitan pretextos de civilización o religión, sino de engrandecimiento propio. La justificación es precisamente inversa: son naciones *víctimas*, despojadas o despedazadas por otros imperios, que recuperan lo que es suyo. Los territorios que llaman «irredentos», y que requieren su redención. Mussolini trató de redimir Fiume, una parte del Tirol, el Alto Adigio, Venezia Giulia; en 1939, antes de la guerra, reivindicaba para Italia nada menos que Niza, Córcega, Túnez, Djibuti, Malta y Suez. Hitler redimió a los Sudetes, Dantzig, y enteramente a Austria; no le paró más que la guerra, perder la guerra, cuando estaba creando «la Gran Alemania». Precisamente una guerra que se había desencadenado por estas anexiones. En aquellos momentos no había ninguna duda ideológica de que había que parar a Hitler: los pergaminos sobre los derechos de posesión, los análisis históricos o las cuestiones geográficas (Hitler puso de moda el término «geopolítica») eran mucho menos importantes para el espíritu democrático que el grave riesgo del nazismo, del fascismo. Fue la razón de los Frentes Populares que reunían opiniones políticas que iban desde un centro derecha —en España, en Francia— hasta la izquierda que entonces se podía considerar como extrema; y se puede pensar licitamente que la coalición de guerra contra Hitler y Mussolini representó una especie de Frente Popular: el conservadurismo de Churchill, el liberalismo de Roosevelt, el comunismo de Stalin. Era una época de grandes opciones, y pocas personas, pocos partidos, tenían dudas de cuál era la suya.

La técnica del «hecho consumado»

La ocupación de las Malvinas por la Junta Militar de Buenos Aires es un «hecho consumado» del mismo cariz que los anteriores de la historia, aunque el territorio sea menor y escasamente poblado. Puede entrarse en la justificación de sus derechos de la misma forma que podría considerarse las razones históricas de Alemania para incorporarse los Sudetes; pero difícilmente se puede aceptar la acción. Se plantean, por lo tanto, muchas interrogantes en torno a por qué los argentinos han emprendido un camino enormemente peligroso. Reunificar la nación, disfrazar la economía... No es suficiente. El precio de la



Banderas y gritos de entusiasmo y ánimo despidieron en Portsmouth a la flota británica —en la fotografía, el portaaviones «Invencible»— que partía hacia las islas que ellos llaman Falkland. El patriotismo no es un monopolio de las dictaduras.

conquista y mantenimiento de las Malvinas, aún en el mejor de los casos, perjudicará más a la economía argentina de lo que puede beneficiarla. Un fallo en sostener su soberanía puede hacer caer a la Junta, como la aventura de Chipre ayudó a la caída de los «coroneles» griegos. El riesgo es alto, el precio escaso. Pero movilizar a toda Latinoamérica junto a ella, obligar a Reagan a que tome partido y esgrimir la amistad de la URSS puede ser algo mucho más importante. Latinoamérica no se moviliza sólo porque se reintegre a un país del continente un dudoso archipiélago bajo dominio inglés, sino porque hay un nacionalismo latinoamericano muy fuerte, y en ese nacionalismo entre, sobre todo, la necesidad de desprenderse de los Estados Unidos. Pocas son ya las reivindicaciones americanas contra la Gran Bretaña. Reagan ha cometido el funesto error, propio de la torpe ceguera de los ultraconservadores, de convertir los grandes problemas latinoamericanos —sociales, de reforma, económicos— en un mero enfrentamiento entre la URSS y los Estados Unidos. Para la inmensa mayoría de

las poblaciones latinoamericanas la semántica de Reagan ha colocado a la URSS en el lado «bueno» del gran problema: en las luchas contra las grandes oligarquías, en el lado que tiene necesariamente que defenderse de la miseria y de la explotación. La URSS ha respondido inmediatamente en un caso como el de la Argentina y se ha colocado, con Cuba, en el lado «bueno» según la óptica latinoamericana: el del nacionalismo contra las ingerencias extranjeras. En el lado del tercer mundo, del subdesarrollo. Cuando se dice que lo que la URSS hace junto a la Argentina es para conquistar puestos pesqueros en la Antártida o para acudir a la industrialización y al comercio si se llevan a cabo los bloqueos económicos y navales que pretende Gran Bretaña se subestima su ambición. Va más allá: va a socorrer a un pueblo americano en su lucha contra la colonización anglosajona. Es algo que Washington sabe demasiado bien, y que justifica las carreras de Haig por el mundo (el cual Haig ha visto su posibilidad de ser Kissinger y de aspirar a un Nobel de la Paz) y su verdadera angustia.

Factores en juego

El tema lo conoce también perfectamente Margaret Thatcher. La aparentemente ridícula lentitud de su respuesta militar —la flota navegando despacio hacia las islas ocupadas— tenía, visiblemente, un aspecto de firmeza, pero también un tiempo de reflexión, y un tiempo para que se organizase la mediación. Se ha dicho que la flota británica navegó más despacio de lo normal para ampliar este plazo. Margaret Thatcher sabe que una guerra abierta contra Argentina puede producir una reacción violentísima contra ella en Latinoamérica; mucho más violenta de lo que las declaraciones actuales —tras la respuesta británica limitada— permiten suponer; y Gran Bretaña tiene un amplio intercambio con América Latina. Sabe también que la Comunidad Económica Europea, los miembros de la OTAN, vacilarán mucho en el caso de que el incidente derive en guerra. Mitterrand tiene una política internacional basada en el tercer mundo y muy especialmente en América Latina; no se jugará solamente por

EL GOLPE DE LAS MALVINAS

unas isllas que en todo caso serían francesas... Ni Schmidt, dentro de sus grandes problemas internos.

La resistencia argentina a los términos de negociación tiene en cuenta todos estos factores. Como los tenía Hitler en su tiempo: creyó siempre que el miedo a la URSS de las democracias europeas le permitiría su acción de fuerza. Llegó un momento en el que se equivocó. Tal vez los militares de Buenos Aires han sido capaces de estudiar todas las posibilidades y de conocer su impunidad; tal vez dentro de la acción entre el farol de aceptar la guerra y preparar a sus poblaciones para ella. La idea de que todo pueda haber sido sugerido por la URSS, directa o indirectamente, no parece desdeñable. Y la combinación de que sea un país oficial y militarmente anticomunista hace más endemoniada —más diabólica, si se prefiere— toda esta cuestión.

Situación nueva

El desenlace del golpe de las Malvinas no es algo que termine en sí mismo. Parece más bien el principio de una situación nueva y peligrosa. Las relaciones mundiales no van a ser las mismas después del suceso: ni las privadas entre Estados Unidos y Gran Bretaña, ni las multilaterales dentro de la OTAN; ni la de los organismos latinoamericanos con Estados Unidos, con Europa en general. En principio, la sensación es la de que las dictaduras ganan en un terreno que les atribuye siempre su propaganda, el de la «eficacia» el de zanjar de golpe los problemas que la negociación hace imposibles; y las democracias pierden en el terreno en que más les acusan sus adversarios, en el de la debilidad, la falta adecuada de respuesta, la discusión de los grandes temas que les afectan.

Una cuestión aparentemente mínima, una cuestión más de principios que de intereses, que no parece tener comparación con los grandes temas mundiales del momento —Polonia, Oriente árabe, Irán, petróleo...— puede resultar absolutamente emponzoñada y tener la primacía. Es una lección. La vieja lección de que no hay enemigo pequeño... Puede ocurrir que los militares argentinos la hayan emprendido por brutalidad, por torpeza, por ceguera, por ignorancia; pero lo que han emprendido lo que está resultando es un tema principalísimo en el orden, o en el equilibrio, del mundo. ■ E.H.T

GRAN BRETAÑA

Historias, histerias, histriones y demás locuras colectivas

EMILIO LOPEZ MENDEZ

HACE diecisiete años que el Parlamento británico abolió la pena de muerte. Hace un mes, la Federación de Policía mete la marcha atrás y lanza una intensa campaña publicitaria en los medios de Prensa más importantes de Gran Bretaña pidiendo la reinstauración de la pena de muerte, porque creen que «ya va siendo hora que el Parlamento proteja al ciudadano antes que tener consideración por el criminal» y se apoya en que «en 1965 casi no se conocía el terrorismo ni la oleada de crímenes que nos invade». Por decir algo, porque al menos un comentario se merece, mientras que en 1965 el paro alcanzaba a unos pocos cientos de miles, en enero de 1982 superó los tres millones según el Gobierno, y los cuatro, según los sindicatos.

Claro que la señora Thatcher ya ha recalado con apabullante convencimiento que el paro y la crisis económica no tienen ninguna relación con los disturbios raciales y el aumento de la criminalidad y el clima de violencia que se respira en este país. Vamos, que los negros, ya se sabe; los violadores, unos frustrados pichacortas, y el-que-es-malo-desde-la-cuna-desde-la-cuna-comienza, que me viene a la memoria con una mexicana Dolores del Río-María Félix comehombres y cascarrabias. Precisamente —volviendo a lo que estábamos— en la sesión parlamentaria del 31 de marzo, el líder laborista Michael Foot fue contestado por el ministro del Interior, William Whitelaw, con un enérgico «deplorabile», a una alusión del dirigente de la oposición de que el alto número de parados, en particular jóvenes, estaban detrás de los disturbios que reventaron el año pasado en diversas zonas del país y barrios más afectados por la crisis.

Quizá, a la señora Thatcher le afecta más este último período de su mandato. Los conservadores de este

país, preocupados porque en el 83 son las elecciones generales y pueden ser despedidos de sus poltronas de Gobierno, quieren dejar todo atado y bien atado y se han lanzado como locos a privatizar todo lo privatizable, o sea, vender al mejor postor las principales empresas estatales. Y también a apretar las tuercas en lo que a *law and order* se refiere.

El Partido Conservador lanzó una campaña titulada «Violencia, ¿POR QUÉ?», la cual, en un plan shakespeariano de algo huele mal en Dinamarca, comenzaba señalando que hay *something wrong in our society*, o sea, el mal. Y continuaba afirmando que la culpa es de los padres, «les damos casas a nuestros hijos, pero no hogares». Toma ya.

Al mismo tiempo, el Gobierno pretende (y lo está haciendo de hecho) hacer de los desarmados y educados *hobbies* —la Policía, vamos—, unos guerreros-del-antifaz-perseguidores-implicables-del-delito. En la otra acepción, la oposición explica su opinión favorable a una policía más ligada a la comunidad, más integrada en la vida y los problemas diarios de los vecinos de un barrio. O sea, un regreso a esa imagen bucólica del lechero, el panadero, el cartero que a veces llama dos veces, el niño repartidor del periódico y el policía que despiertan al sonriente ciudadano o a la semidormida señora de bata guateada y rulos en la cabeza, con un «buenos días, señor o señora Brown». Esa imagen bucólica que ni usted, señor o señora Pérez, ni yo, conocimos. Nosotros hemos sido educados en un elemental y primitivo temor al uniforme. Y los uniformados (fueran bedeles de instituto, porteros de hoteles, policías o generales), fueron a su vez educados en el uso elemental y primitivo de la autoridad y el poder, y a nosotros no nos podían causar sino pánico. Les juro que, en mis años de púrpura, pensaba que debía besar la mano no sólo a los curas, sino a